

VARIEDADES

EL DÍA DEL COLEGIO DE SAN IGNACIO EN SANTIAGO DE CHILE

Más de seiscientos ex-alumnos concurren a sus festividades.—Políticos, profesionales y representantes de todas las actividades públicas.—En la mañana se oficia una misa y a medio día se efectúa un espléndido almuerzo.—Gran entusiasmo entre los concurrentes.—Los discursos.—Adhesiones.—Su Santidad envía la Bendición Papal.

Con verdadera satisfacción leemos en *El Diario Ilustrado* del 9 de diciembre:

En el día de ayer se llevó a efecto con especial brillo y gran entusiasmo el día del Colegio, celebrado por los exalumnos de San Ignacio.

A esta fiesta, llamada a estrechar los lazos de los antiguos educandos entre sí y con el establecimiento, concurrió un numeroso y distinguido grupo de personas, entre los que anotamos destacados políticos, funcionarios, profesionales y dirigentes del comercio y la banca.

El Colegio de San Ignacio, uno de los planteles más prestigiosos y que cuenta con gran confianza en la sociedad, se vió con tal motivo concurridísimo de exalumnos, que acudían gozosos al llamado de sus antiguos profesores.

La misa

El programa elaborado para la celebración de esta festividad se inició con una misa rezada, que estuvo a cargo del canónigo don Pedro J. Infante, cura párroco del Sagrario y exalumno de San Ignacio.

La parte musical estuvo a cargo de un grupo de exalumnos. Don Jorge Balmaceda cantó una hermosa Ave María, con su bien timbrada voz.

Al patio

Terminada la misa, un poco después de las doce, los asistentes pasaron a los patios, recordando los tiempos antiguos de colegiales y en busca de los antiguos profesores que eran insistentemente aclamados, o de los compañeros a quienes se volvía a ver después de largos años.

Muchos exalumnos recorrieron las diferentes dependencias del establecimiento, anotando las valiosas e importantes mejoras introducidas por la dirección, que no escatima esfuerzo para mantener al colegio en el brillante y floreciente pie en que se encuentra.

Los alumnos de los primeros cursos recordaban cariñosos a los Padres que fueron los fundadores del Colegio. Núcleo de sacerdotes virtuosísimos y preparados que han dejado huella imborrable de su acción.

¡El Hermano Bonet!

Este fué el grito unánime que en un mismo instante nacía de los labios de todos los presentes y con que se saludó la aparición en uno de los corredores

del más antiguo de los Hermanos, a quien todos los exalumnos recordaban en forma muy especial.

Risueño, el Hermano agradecía esas muestras de simpatía, que por momentos adquiría caracteres de ovación.

Al almuerzo

Cerca de la una de la tarde, la campana del Colegio, al igual que lo hace con los actuales alumnos, llamó a los antiguos educandos al almuerzo, que había de servirse en el salón de actos del establecimiento.

El amplio y lujoso local, estaba adornado con gusto con guirnaldas y rami-lletes de flores y dividido en grandes mesas por cursos, dando un hermoso aspecto.

Cerca de seiscientos exalumnos tomaron colocación en las diferentes mesas, que lucían lujosa presentación.

La mesa de honor

En el proscenio se encontraba la mesa de honor y en ella anotamos al Exmo. Nuncio Apostólico Monseñor Aloisi Masella, y señores Ismael Tocornal, Abdón Cifuentes, Ventura Blanco, Arturo Lyon Peña, Luis Larrain P., Julio Subercaseaux, Pbro. Pedro J. Infante, José de La Taille, Carlos Silva Vildósola, Alfredo Barros E., Francisco Undurraga, Abraham Ovalle, Juan de D. Vial, Luis Gregorio Ossa, Pbro. Carlos Casanueva, Miguel Luis Valdés, Ramón Briceño, Javier Angel Figueroa, Ramón Santelices, Miguel Letelier, Roberto Sánchez, José Florencio Valdés y algunos Padres de la Orden.

El almuerzo

Se sirvió un exquisito menú, muy bien atendido.

Se desarrolló el almuerzo, que fué amenizado por una espléndida orquesta, en medio de la mayor alegría y compañerismo y de los vivas más entusiastas a los Jesuitas y cada uno de los Padres presentes.

Los discursos

Al servirse el champagne el Rdo. Padre Ureta dió lectura al discurso ofrecimiento del Rdo. Padre Rector Buenaventura Bas, que no pudo concurrir por enfermedad.

El discurso ofrecimiento, que insertamos a continuación, fué aplaudido en diferentes períodos y muy especialmente al final, donde se aclamó al Padre Rector, cuya ausencia fué unánimemente sentida.

A nombre de los exalumnos, contestó en una brillante improvisación don Ismael Tocornal, que tuvo elocuentes frases para aplaudir la labor que desarrollan los Padres Jesuitas.

Expresó su público reconocimiento porque a ellos debía en gran parte lo que era.

Terminó exhortándolos a continuar en la tarea sublime de la educación.

El señor Tocornal fué entusiastamente aplaudido en diversos pasajes de su elocuente discurso.

A continuación hizo uso de la palabra el señor Carlos Silva Vildósola, quien en oportunos y aplaudidos términos hizo gratos recuerdos de los anti-

guos profesores, en especial del Padre Ginebra, al que rindió un sentido homenaje.

Habló en seguida de la intensa labor desarrollada por los Padres, aludiendo al estudio de la filosofía, a la que declaró debía los triunfos que había obtenido en su vida periodística.

Terminó refiriéndose a la necesidad de que se realice pronto el anhelo del país de implantar las universidades libres, que están llamadas a efectuar un inmenso bien en la educación.

El señor Silva Vildósola fué aplaudido con entusiasmo por la concurrencia.

Después hizo uso de la palabra, en términos festivos y oportunos, don José María Cifuentes, recordando sus días de colegio y a cada uno de sus profesores, para quienes tuvo frases de cariño y gratitud.

Como los anteriores, el señor Cifuentes fué muy aplaudido.

A pedido de la concurrencia habló a continuación don Ricardo Cox Méndez, en una brillante y elocuente improvisación, recordando a los profesores y a la intensa labor desarrollada por el Colegio de San Ignacio.

La concurrencia aplaudió entusiastamente al distinguido orador.

Las adhesiones

El Rdo. Padre Francisco Correa, a cuyo espíritu organizador se debe en parte el gran éxito obtenido en la fiesta de ayer, leyó, en el momento oportuno las adhesiones recibidas entre los que anotamos, en primer término, un cariñoso telegrama enviado por nuestro embajador ante el Vaticano, saludando a los Padres Jesuitas y haciéndoles presente que el Santo Padre bendecía cordialmente a los exalumnos de San Ignacio con motivo del día del Colegio.

A continuación se dió lectura a un cablegrama que desde Roma enviaba el General de la Compañía de Jesús, Rdo. Padre Wladimiro Ledochowski.

Se leyó también la siguiente carta del Provincial Rdo. Padre Lloberola, que se encuentra en Buenos Aires:

Colegio del Salvador.—Buenos Aires, 4 de diciembre de 1924.—Rdo. Padre Buenaventura Bas.—Santiago.—Mi carísimo en Cristo Padre Rector:

Oportunísima iniciativa ha sido la de celebrar su día anual del Colegio los exalumnos nuestros de Santiago. No es fiesta de puro solaz y entretenimiento, sino de utilidad personal y colectiva de cuantos intervendrán en ella.

Se alegrarán los viejos muros de este Colegio de San Ignacio, viejos porque ya cuentan sesenta y ocho años en época de sucesión no interrumpida; se alegrarán al ver reconstituída siquiera por una hora, la familia numerosa que en los diversos años bullían, en franca y cordial hermandad, en ese hogar científico y religioso.

¡Qué de reflexiones y recuerdos ha de sugerir el mutuo encuentro de los compañeros de otros tiempos! ¡Qué de benéficos resultados no se seguirán de esa simpática reunión!

Reverendo Padre Rector, carísimos Padres y Hermanos míos en Cristo, antiguos alumnos, siento no encontrarme hoy entre vosotros; pero represénteme de algún modo estas líneas, que a todos y cada uno dirijo como testimonio de agradecimiento, de mi respeto y cariñoso afecto.—Ramón Lloberola, S. I.—Prepósito de la Provincia Chileno-Argentina.

Discurso del Rdo. Padre Bas

He aquí el discurso de ofrecimiento del Rdo. Padre Bas, Rector del Colegio:

«Tiempo ha que deseaba yo ver realizada entre nosotros, y conforme a la costumbre de la mayor parte de los Colegios de la Compañía de Jesús, esta reunión de exalumnos que hoy vemos por fin constituida con el aplauso, apoyo decidido y común entusiasmo de todos.

»Soñaba yo con poderlo iniciar en el septuagésimo aniversario de la fundación del Colegio, en mayo de 1926, pero vosotros mismos, un gran número de vosotros, representantes genuinos de todos, os habéis adelantado a mis deseos, me habéis hecho una delicada y amorosa presión y me he visto con júbilo obligado a adelantar la fecha y decidir la simpática asamblea este año y en esta fecha, en este día tan lleno de santos y amables recuerdos, en que terminado el curso, en vísperas de las ansiadas vacaciones, se da fin al delicioso mes de flores con la solemnidad de María Inmaculada, de esa madre sobre todas las madres, de esa reina coronada de estrellas, que fué el centro de los amores más puros de nuestra niñez, de nuestro más seguro apoyo en las borrascas de la juventud, y que sigue y seguirá siendo siempre el dulce amparo de toda nuestra vida hasta que después de este destierro nos muestre a Jesús, fruto bendito de su vientre y nos haga alcanzar y gozar las promesas y gracias de nuestro Señor Jesucristo.

»Señores, ¡cuán grato es para un patriarca venerable ver de vez en cuando reunidos en torno de su mesa a las generaciones que de él emanaron y que lo contemplan con veneración y cariño! Ese hermoso cuadro de familia se verifica también hoy entre nosotros y con un realce y significado superior. El colegio es una continuación del propio hogar. En él habéis confirmado las creencias y nobles sentimientos que heredasteis y aprendisteis de vuestra madre y de vuestro padre, como ellos lo habían aprendido y heredado de vuestros abuelos, y como vuestros hijos lo están recibiendo ahora de vosotros y confirmando a su vez en el colegio, ampliación de vuestras tradiciones y costumbres familiares. De ahí que pueda afirmar con toda propiedad que estamos en una amable y solemne reunión de familia. Es verdad que gran parte de vuestros maestros están ausentes, recibiendo ya el premio de sus sacrificios, pero su unión moral con los que hemos sucedido es palpable y parece saturar el ambiente que nos circunda: el corazón que en estos casos no engaña, está resucitando en vuestros pechos emocionados la memoria de la imagen de todos ellos, no tanto al mirar estos muros que os cobijan, cuanto al sentir en nosotros el mismo espíritu y el mismo interés y amor por vosotros que ellos os profesaron.

»Creed, señores, que os hablo con sinceridad; creed que mi corazón palpita al unísono con el de todos los padres y hermanos del Colegio de San Ignacio al deciros, que todos bendecimos a Dios por habernos señalado en el ejercicio, de su mayor gloria, esta amable tierra chilena, y en este suelo amable la gloriosa legión que representáis vosotros y vuestros hijos y que todos nosotros y yo el primero hacemos votos y elevamos nuestras plegarias a Dios y a su Madre Inmaculada, por vuestra felicidad temporal y eterna, por la de vuestra patria, de modo que unidos en unos mismos y altísimos ideales y sentimientos nos reconozcamos y amemos donde quiera que nos hallemos, como hermanos de un mismo y venerable lugar.

»He dicho.»

Habla don Ismael Tocornal

Al anunciarse que iba a contestar las palabras del Padre Ureta, el señor don Ismael Tocornal, vivos aplausos saludaron a este distinguido hombre público, quien se expresó más o menos en los siguientes términos:

«Empezaré por agradecer desde el fondo de mi alma el aplauso con que me habéis honrado y de cuya sinceridad no dudo, ya que él sale de corazones juveniles que jamás ocultan la sinceridad de sus afectos. El Padre Ureta ha sido conmigo un poco cruel, pues no ha cumplido con las reglas protocolares de darme a conocer su discurso y ha olvidado a la vez la forma que se aplica a los certámenes para la adjudicación de premios, y que no es otra que la de entregar a los interesados las preguntas del caso, dando un plazo más prudencial para contestarlo.

»Sólo me salva, en esta ocasión, la circunstancia de que el encargado de responder al ofrecimiento, es un antiguo alumno de este establecimiento, y como tal, tiene la confianza de que contará con la benevolencia de los que lo escuchan, y las simpatías que le dan aliento para emprender con éxito la misión que se le ha confiado.

»Muchas veces hemos pensado cuál sería la edad más feliz de la vida. ¿Será la infancia, durante la estada en el colegio? ¿Será cuando se alcanza la plena juventud? ¿Será aquella en que se llega a relativa tranquilidad y reposo?

»La encontraremos en la edad madura?

»Si recordamos la época del colegio, mirábamos como una gran desgracia las más pequeñas privaciones. El sonido de la campana en pleno invierno, que nos obliga a abandonar el lecho, y el severo paso del prefecto para vigilar que no quedase un solo rezagado. Esa misma campana que ponía fin a las recreaciones en los propios instantes en que desarrollábamos un programa de nuevos entretenimientos, se neutralizaba ampliamente con la concesión extraordinaria de una hora más de sueño o con la prolongación de unos cuantos minutos de recreo o con una salida al hogar, por alguna causa absolutamente inesperada.

»Yo considero que la verdadera felicidad está en relación directa con la responsabilidad de nuestros actos.

»Así ella empieza en la juventud para seguir disminuyendo en progresión directa hasta una edad avanzada. Los que hemos procurado luchar empleando como única arma de combate la verdad que hemos rendido a la lealtad, el culto que ella merece y que hemos sujetado nuestro criterio a los dictados de la justicia, nos hemos encontrado más de una vez con el engaño y la falsía de los hombres, echando sobre nuestros hombros una responsabilidad que carga injustamente sobre ellos. Entonces hemos mirado hacia atrás y hemos llegado a la conclusión de que la verdadera felicidad estaba en la infancia.

»Terminada la plegaria, que cuando es sincera llega a lo alto, nos hemos reunido alrededor de esta mesa para hacer recuerdos del pasado y traer a la memoria las virtudes de los que fueron los compañeros de clase y los maestros. Extiendo mi mirada alrededor de esta sala y veo que quedan pocos, muy pocos de los que conmigo compartieron las tareas del colegio. El espíritu ante esta ausencia se entristece y me siento inclinado a recordar la frase del poeta que dice: «Dios mío, qué solos se quedan los muertos», y parodiándola podría decirse, con más propiedad: «Dios mío, qué solos se quedan los vivos!»

»Séame permitido invocar aquí el recuerdo de algunos compañeros que aunque jóvenes alcanzaron a dar pruebas de que estaban dotados de facultades para honrar y servir a su patria en todas las formas de la actividad humana. Hay un nombre que viene a mi mente en este instante y estoy seguro lo adivinaréis, al deciros que fué el estudiante modelo, el ciudadano probo, el defensor desinteresado de sus ideales, el amigo en todos los instantes de la vida, quiero referirme a Carlos Walker Martínez. Entre mis compañeros figuraba en primera línea Federico Scott, el más aventajado alumno de su curso, sin duda el más sobresaliente de todo el colegio. El era el defensor difícil de aquellos compañeros que atravesaban un momento difícil en los exámenes, cuando esta circunstancia se presentaba, cuando Scott veía que alguno de sus amigos estaba en este trance, lamentaba con todos los impulsos de su alma no poder transmitir a sus condiscípulos todos sus conocimientos, a fin de que salieran victoriosos en la dura prueba. Al morir dejó todos sus bienes para contribuir a la enseñanza agrícola, comprendiendo que ello era contribuir eficazmente al desarrollo de la riqueza pública nacional.

»Carlos Piñeiro, uruguayo, que habría sido en su país un estadista de gran vuelo, murió en los momentos de su partida, debido a un accidente desgraciado en las provincias australes; Facundo Machaín, paraguayo, que alcanzó el puesto más alto en el escalafón de la justicia de su país, y que murió víctima del puñal de un asesino en estas horas tristes porque han atravesado algunas repúblicas de Sud América.

»Si he hablado de los alumnos, justo es que complete mi tarea con los maestros. Empezaré por el Padre León, distinguido profesor de filosofía que tenía alma de artista y un corazón de oro, y que dió las más hermosas lecciones de filosofía, haciéndonos ver la importancia en toda discusión, dentro de la verdadera lógica de dejar constancia con el adversario que había aceptado las premisas de las cuales lógicamente debía derivarse la consecuencia que se trataba de demostrar.

»El Padre Gorordo, maestro de latín, que tuvo la rara fortuna de presentar a examen un curso completo de doce alumnos de los cuales uno solo obtuvo la desgracia de no ser favorable con buena votación.

»El Padre Capeletti, astrónomo de fama mundial, que nos demostró en un futuro no lejano la electricidad sería la luz lo que alumbrara a los pueblos.

»Me imagino, distinguidos maestros, que ha de ser para vosotros de honra e íntima satisfacción tomar nota de que vuestros alumnos han correspondido a vuestros desvelos y que han honrado en la República altos cargos, prestando así al país verdaderos y eficaces servicios. Me imagino que tendréis un libro en que los nombres de los sobresalientes queden inscritos para ejemplo de las nuevas generaciones que con celo y constancia seguís educando.

»Podéis estar seguros que vuestra experiencia y vuestra enseñanza transmitidas, nuestros alumnos han puesto el mayor empeño en sujetar todos sus actos a los dictados de una conciencia honrada, el cumplimiento exacto de los compromisos a la observancia de una lealtad nunca desmentida y a usar como única arma de combate, como ya lo expresé antes, la verdad que jamás se mella cuando se esgrime a favor de las grandes causas.»

Don Ricardo Cox Méndez

Dijo más o menos lo siguiente:

«Soy de opinión de que los programas de esta clase de fiestas debieran alterarse; y nadie debiera ser sometido a la tortura de la improvisación ante una concurrencia de seiscientas personas.

»Mi nombre no figura entre los de los distinguidos oradores que debían hacer uso de la palabra en esta fiesta magnífica y única, cuyo programa publican los diarios de hoy.

»Yo no debía hablar, por consiguiente; tanto más cuanto que el grupo de exalumnos de San Ignacio que ocupamos aquella mesa, salidos del Colegio en 1886, ha hablado ya, y de brillantísima manera, por boca de Carlos Silva Wildósola.

»Por otra parte, los que de cerca o de lejos hayan seguido mi actuación política en los últimos tiempos, habrán notado acaso que desde unos tres meses acá yo guardo completo silencio.

»¡Desde el 5 de septiembre... se me ha entrado el habla, señores!... No de terror, ciertamente, sino por otros motivos que me guardaré de exponer; y estaba firmemente resuelto a no decir una palabra en público, ni hablada ni escrita, hasta que nuestro país volviera a la normalidad, después de las elecciones próximas, en caso de que ellas tengan lugar...

»Pero no es posible negarse con obstinación a las reiteradas y afectuosas instancias que se me han hecho.

»Carlos Silva ha cometido una pequeña injusticia al atribuir exclusivamente a la influencia del Padre Ginebra a la Academia Filosófica de Santo Tomás de Aquino la formación de la personalidad moral y literaria.

»Esto no es exacto. Antes que a esa Academia del Padre Ginebra había entrado junto conmigo, en 1886, a la Academia Literaria que funcionaba en el Colegio, y cuyo director era el Rdo. Padre Estanislao Soler.

»De él recibió, junto conmigo, las primeras lecciones de estilo, y a él le debe, en parte, el poder escribir ahora los artículos cuya forma literaria todos admiramos; pero cuyos conceptos solemos leer con alguna reserva...

No me ligó al Padre Ginebra una amistad particular, como la que con él tuvieron varios de mis condiscípulos, y como la que algunos años antes había tenido con mi hermano mayor.

»Yo fui amigo del Padre Soler.

»Fui su admirador y su amigo desde el mismo día que lo conocí, en marzo de 1886; y nuestra amistad estrecha, íntima, verdadera, no terminó sino con su muerte, un cuarto de siglo después.

»Era el Padre Soler un verdadero Jesuíta.

»La palabra jesuíta, que literalmente significa semejante a Jesús, como Jesús, entrañaría de parte de la Orden una pretensión inaudita si se toma al pie de la letra, es decir, si esa semejanza fuera afirmada como un hecho.

»Es evidente que sólo se trata de una aspiración; el Jesuíta aspira a asemejarse a Jesús; pero no afirma que sea semejante a Él.

»Yo no he conocido un ser humano más profundamente enamorado de Jesucristo que el Padre Soler.

»Su pecho era un incendio de amor a Jesucristo; y quien a él se acercaba tenía que recibir las chispas de esa hoguera.

»Mucha gratitud deben, sin duda alguna, los alumnos de San Ignacio a aquel gran maestro de filosofía moral y cuyo retrato físico acaba de trazar Carlos Silva en pinceladas magistrales.

»Pero, yo a lo menos, guardo una gratitud aún mayor a la memoria de aquel apóstol infatigable, de aquel orador sublime, que fué el Padre Soler, y que me enseñó a conocer y a amar a Jesucristo.

»No puede un hombre hacer a otro hombre un favor más grande que revelarle el misterio de Jesucristo, e iniciarlo en los secretos inefables de su amor.

»Desde los primeros años de mi adolescencia, durante toda mi juventud, y hasta el día, tristísimo para mí, en que él cerró sus ojos a la luz, el Padre Soler me recibió en su humilde celda hasta tres veces por semana.

»Jamás le fuí importuno. He tenido con él innumerables conversaciones hasta de cuatro horas consecutivas. La despedida terminaba siempre de la misma manera: «Aficiónate a Jesucristo; estudia a Jesucristo; ama a Jesucristo».

»Quiero creer, señores, que algún sedimento indeleble habrá dejado en mi espíritu esa portentosa y directa predicación del gran apóstol Jesuíta, como lo habrá dejado también en los millones de almas formadas por él, sostenidas, fortificadas por la palabra y por su ejemplo en los combates y quebrantos de la vida.

»¡Bendita sea su memoria!»

»Como veis, señores, esto no ha resultado una primicia, ni un discurso, sino simplemente un recuerdo personal, un homenaje que parte del fondo de mi corazón al más querido y grande de mis amigos.

»Mi verdadero discurso para el día del Colegio lo reservo, y lo anuncio desde ahora, para el 8 de diciembre de 1925.»

Improvisación de don Carlos Silva Vildósola

Don Carlos Silva Vildósola hizo recuerdos de su tiempo en el Colegio, contando curiosos episodios estudiantiles en que figuraban como revoltosos hombres que hoy ocupan altas posiciones en el profesorado, en la política y las letras. Mencionó a los profesores más ilustres de aquel tiempo y trazó una silueta del maestro de filosofía el Padre Francisco de Paula Ginebra, admirable como maestro y más aún como guía de la juventud, a quien acudía durante años y años hombres de todas las edades para consultarlo sobre los problemas de la vida, los estudios, las dificultades de todo género.

A este propósito, el señor Silva Vildósola hizo ver la importancia de restaurar los estudios filosóficos y humanísticos que el Colegio ha restringido a causa de la necesidad de seguir los programas universitarios. Dijo que la libertad universitaria tendría como resultado el que un colegio como el de San Ignacio pudiera implantar estudios de humanidades verdaderas dentro de los planes que siguen los colegios de los Jesuitas en Inglaterra y los Estados Unidos, donde, sin descuidar el objetivo práctico, dan gran vuelo al clasicismo y a la filosofía, formando generaciones de hombres preparados para una cultura superior y para la investigación científica.
